

Esteban Vernik
(coordinador)

Actualidad de la nación
Materia y memoria de la vida popular

Ricardo Aronskind, Gabriel Cohn, Mônica Dias Martins,
Cristian Gaude, Horacio González, Jorgelina Loza
y Esteban Vernik

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Actualidad de la nación : materia y memoria de la vida popular / Ricardo Aronskind ... [et al.] ; coordinación general de Esteban Vernik. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2018. 174 p. ; 21 x 15 cm. - (Política, políticas y sociedad ; 35)

ISBN 978-987-630-389-7

1. Construcción de la Nación. 2. Desarrollo de los Pueblos. 3. Petróleo. I. Aronskind, Ricardo II. Vernik, Esteban, coord.
CDD 320.0982

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2018
J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)
Prov. de Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4469-7507
ediciones@ungs.edu.ar
www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño gráfico de la colección: Andrés Espinosa - Ediciones UNGS
Diseño de tapas: Daniel Vidable - Ediciones UNGS
Diagramación: Eleonora Silva
Corrección: Edit Marinozzi
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Prohibida su reproducción total o parcial.
Derechos reservados.

Impreso en Ediciones América
Abraham J. Luppi 1451, CABA, Argentina
en el mes de octubre de 2018.
Tirada: 750 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Prólogo. La nación en tiempos difíciles <i>Eduardo Rinesi</i>	9
Sobre las identidades sociales: clase, etnia y nación. Del encuentro de Max Weber con W. E. B. Du Bois <i>Esteban Vernik</i>	19
Contribuciones de Gramsci a la idea de nación <i>Mónica Dias Martins</i>	37
El petróleo y el olor a nación <i>Horacio González</i>	55
Las raíces materiales de la idea de Nación: recursos naturales e identidad nacional en México <i>Jorgelina Loza</i>	67
¿Comunidades imaginables? Nación y globalización en América Latina <i>Ricardo Aronskind</i>	89
Lo nacional en disputa. Diferentes acepciones de nación en la sanción y la derogación de la Ley de Residencia <i>Cristian Gaude</i>	121
La nación más allá de la nación <i>Gabriel Cohn</i>	153

Prólogo

La nación en tiempos difíciles

Eduardo Rinesi

El trabajo que tenemos el gusto de presentar a los lectores recoge varias de las presentaciones realizadas en el encuentro que reunió a mediados de 2017, en las instalaciones de la Universidad Nacional de General Sarmiento, a investigadores de esa universidad, de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral y de la Universidad Estadual de Ceará, además de a algunos invitados de las universidades de Buenos Aires y de San Pablo, en el marco de las actividades del Proyecto “La idea de nación entre diferentes actores”, desarrollado bajo los auspicios del Programa de Fortalecimiento de Redes Universitarias del Ministerio de Educación de la Nación, en cuya novena convocatoria, del año 2015, la red integrada por la UNGS, la UNPA y la UEC había obtenido un financiamiento para desarrollar una investigación compartida sobre los problemas asociados a la idea de nación. El trabajo y el encuentro se desarrollaron con la coordinación de Esteban Vernik, organizador también de este volumen, quien hace tiempo se viene dedicando a reflexionar, desde la perspectiva de la filosofía social y política del último siglo y medio, sobre este asunto tan espinoso y tan fundamental, y que ya antes que este nos había entregado otros dos libros colectivos sobre diferentes dimensiones del mismo problema. Esos otros dos trabajos formaron parte de las referencias bibliográficas con las que iniciamos el recorrido que culmina en este libro, y quizás no sea una mala idea empezar esta presentación diciendo dos palabras sobre ellos.

1.

Hace ya una punta de años, en octubre de 2003, Esteban nos invitó a varios de nosotros (a varios compañeros de la UNGS y a otros cuantos colegas de otras universidades públicas argentinas, especialmente de la Universidad de Buenos Aires) a participar en la localidad de Caleta Olivia, al noreste de la provincia de Santa Cruz, de una jornada parecida a la que está en el origen de este volumen, que se desarrolló bajo un título sugerente: “¿Qué es una nación? La pregunta de Renan revisitada”, como producto de la cual un año después vio la luz el trabajo colectivo al que me refería recién. En aquellas jornadas de ese ya remoto 2003, y en ese libro de 2004, se trataba, en efecto, de volver sobre la conocida pregunta de Ernest Renan sobre la nación, en un contexto que estaba signado por el recuerdo todavía fresco de las jornadas de diciembre de 2001 y por la incertidumbre sobre las características que iría a asumir el ciclo político que recién se abría, un poco “a caballo”, o en el diálogo, lleno de tensiones, entre las dos categorías vecinas de “Estado” y de “pueblo”. A la nación, en efecto, la pensamos en aquella jornada y en aquel libro como tironeada entre la tentación “armonicista” del estatalismo institucionalista y la vocación “conflictivista” del societalismo populista, y me doy cuenta ahora, cuando recreo para comentar acá el clima de aquellas discusiones, de que al hacerlo girábamos en torno al mismo tipo de preocupaciones que animaban para esa misma época las muy sugerentes exploraciones teóricas de Ernesto Laclau, cuyo celebrado *La razón populista* aparecería en Buenos Aires un año después: en 2005.

Y la pensábamos también tironeados por *otra* tensión, que encontraba su lugar, sobre todo, en la serie de trabajos que integraban el capítulo del libro titulado “Imagi-naciones”, y que era la tensión entre la seducción de las teorías más “constructivistas”, o “invencionistas” (anti-identitarias, digamos), que en su afán por dejar atrás todo sustancialismo, toda “ontología”, hacían de la nación apenas el resultado contingente de una serie de artificios exitosos (algunos años antes Nicolás Shumway había publicado su celebrado *La invención de la Argentina*, que recuerdo que había merecido reiterados denuestos de nuestro amigo Horacio González), y la comprensión, que se expresaba ejemplarmente en el notable artículo que escribía en ese libro Gisela Catanzaro, de que había algo del peso dramático de la historia de la construcción de la nación y de los propios sujetos de esa historia que se perdía irremediablemente si se aceptaban sin muchas precauciones las premisas de ese desconfiado convencionalismo que se obstinaba en poner el mundo entre comillas, que no se animaba ni a tocarlo con la punta de los dedos, por miedo a reconocer como real cualquier

forma de sedimentación de los procesos de construcción de las identidades individuales y colectivas. Quizás por eso mismo, en aquel libro Valentina Salvi insistía, contra algunas lecturas que en los años anteriores nos habían invitado a pensar la importancia del olvido en la construcción de la identidad común, en el valor de perseverar, en la Argentina, en el ejercicio militante de la memoria.

2.

Casi tres lustros después de aquel encuentro del año 2003, Esteban editó el año pasado un nuevo volumen colectivo que hay que situar en la senda de aquellas exploraciones en torno a la famosa pregunta de Renan, y que contiene un conjunto de ensayos sobre la idea de nación en las obras de un puñado de autores particularmente relevantes. En el prefacio de este nuevo libro, Esteban traza las grandes coordenadas en las que nos invita a situar el problema de la nación en el pensamiento social y político de los últimos dos siglos, identificando los nombres mayores de las grandes tradiciones francesa y alemana sobre la cuestión. En Francia, vuelve sobre Renan para releer la célebre imagen de la nación como *un plebiscito cotidiano*, como una idea que, asentada sobre los dos pilares fundamentales de la tradición y de la voluntad común, asume una entonación explícitamente no esencialista. Esta línea de reflexión sobre la nación, asegura Esteban, es la que después desplegarán Emile Durkheim con su preocupación por las instituciones y las representaciones colectivas y sus discípulos Marcel Mauss y Maurice Halbwachs con sus investigaciones sobre las relaciones materiales y simbólicas sobre las que se levanta una nación y sobre los modos de construcción de la memoria individual y colectiva. En Alemania, Esteban señala el modo en que los trabajos de Herder y los *Discursos a la nación alemana* de Fichte se encuentran en la base de las especulaciones posteriores de Simmel y especialmente de Weber.

Es a Weber, precisamente, a quien se refiere después con mayor despliegue Esteban en el primer capítulo del libro, por muchas razones fundamental para nosotros. Bajo el título de “Con y contra Darwin. La nación según Max Weber”, Esteban propone y desarrolla allí dos ideas fundamentales. La primera es que habría en Weber (a diferencia de lo que ocurriría en su contemporáneo francés Durkheim) una marcada *discontinuidad*, en punto a su forma de tratamiento de la cuestión de la nación, entre sus escritos políticos, donde luciría un punto de vista social-darwinista “de tintes cuasi racistas”, y sus escritos teóricos, sociológicos, donde asomaría “un relativismo cultural de tipo invencionista”. La segunda es que esos dos énfasis o puntos de vista no definen dos etapas sucesivas

en el pensamiento de Weber sobre la nación, sino que ese pensamiento describe más bien, en su evolución, tres momentos diferentes. El primero, que tiene su centro en el famoso “Discurso de Friburgo” de 1895, está caracterizado por un social-darwinismo esencialista y un léxico de marcadas resonancias racistas. El segundo, que corresponde a los años de escritura y edición de *Economía y sociedad*, está signado por el rechazo de Weber a la idea de que la nación pueda homologarse con la lengua, la religión o la raza, y por su énfasis, en cambio, en el valor de la cultura, los bienes simbólicos compartidos y el sentimiento nacional. El tercero, que es el de sus intervenciones políticas de los años de la Primera Guerra Mundial, es el de un “nacionalismo imperialista” al servicio del cual Weber recupera, dice Esteban, una posición social-darwinista fuerte y dos ideas que habían estado presentes en el momento inicial, pero que ahora se articulan en una posición francamente colonialista: la idea de que la lucha es la forma básica de la relación entre los hombres y entre las naciones y la diferenciación entre naciones pequeñas y naciones grandes. A diferencia de sus posiciones nacionalistas iniciales, más bien defensivas frente al expansionismo campesino, “popular”, eslavo, estas últimas son favorables a la expansión ultramarina de la nación alemana.

Tras este capítulo inicial de Esteban, los demás trabajos que componen el volumen abordan las maneras en que distintos autores del siglo xx pensaron la cuestión de la nación: Valentina Salvi destaca la tragedia que representa para Hannah Arendt la identificación de la ciudadanía, es decir, del ámbito universalista de reconocimiento de los derechos humanos, con la nacionalidad, que es un ámbito por definición particularista y excluyente. Nora Bustos acompaña el desplazamiento de Carlos Astrada de una concepción mitológica, telúrica y anímica de la nación argentina a una apuesta por un nacionalismo popular latinoamericano, y muestra la relación entre este desplazamiento y los que lo llevan de un lenguaje heideggeriano a uno maoísta y de la representación del peronismo como una encarnación del mito gaucho a su comprensión como un episodio de la picaresca nacional. Alejandro de Oto muestra el modo en que Frantz Fanon piensa la nación, en los países sometidos a la dominación colonial de las potencias europeas, como campo de acción de una política descolonizadora. Guillermo Ricca muestra que la importancia de la idea de nación en el pensamiento de José Aricó es tributaria de su vocación por leer fuera de todo reduccionismo economicista el legado teórico de Gramsci, y en esa misma línea interpreta el interés de Aricó por el enfoque político-cultural con el que Otto Bauer piensa, en el seno del socialismo europeo, la cuestión de la nación. Lionel Lewkow estudia el modo en que Niklah Luhmann, aun descartando

de su teoría la idea de nación, ofrece algunos elementos para que seguidores suyos como Rudolf Stichweh y Dirk Richter hagan de ella un instrumento útil para pensar las complejidades de la “sociedad-mundo” contemporánea. Y Jorgelina Loza estudia la evolución del pensamiento de Rodolfo Stavenhagen, desde las obras de comienzos de los años setenta en las que nos invitaba a situar la cuestión de la nación en diálogo con las nociones de *dualismo estructural* y de *colonialismo interno* hasta su apuesta más reciente por la *multiculturalidad* como la base de un nuevo proyecto de nación.

3.

Varios de los temas que acabo de indicar que están presentes en esta segunda compilación de Esteban sobre la cuestión de la nación vuelven a aparecer en otro libro sobre el que querría decir también unas palabras, porque también estuvo presente, como referencia o como inspiración, en las deliberaciones llevadas adelante en la UNGS en torno a los trabajos que componen este nuevo volumen: me refiero al precioso *Manuel Ugarte. Modernismo y latinoamericanismo*, de Horacio González, aparecido en ese mismo 2017 en la colección “Pensadores de América Latina” del sello editorial de nuestra Universidad. Un libro cuya importancia se acrecienta por el hecho, destacado por el propio Vernik en la reseña que le dedicó en el número de la revista *Noticias UNGS* de mayo de ese año, de que hasta ahora solo contábamos, para el estudio de la obra del autor de *La Patria Grande*, con la minuciosa biografía que le había dedicado oportunamente Norberto Galasso y con el estudio preliminar de María Pia López a la reciente reedición de aquel libro de 1922. En su trabajo, Horacio muestra el modo en que ya en sus primeros escritos, de comienzos del siglo xx, Ugarte asume un tono y revela unas preocupaciones que anticipan el nacionalismo antimperialista de su obra de madurez. No solo porque en sus parisinas *Crónicas de boulevard*, de 1902, ya asomaba tibiamente una preocupación social, izquierdizante, que su célebre prologuista nicaragüense Rubén Darío no se privaba de reprocharle, sino porque, incluso un año antes, Ugarte ya había escrito dos artículos, sugerentemente titulados “El peligro yanqui” y “La defensa latina”, que, lejos de expresar un “arielismo” cultural que estaba más o menos extendido en zonas importantes de la cultura nacional, revelaban una preocupación *política* frente al zarpazo norteamericano sobre Cuba en la guerra del 1898. Allí, Ugarte oponía a lo que llamaba “el violento deseo de conquista” de las naciones imperialistas lo que nombraba como el “obstáculo infranqueable” de la *raza*.

Así, no se trata apenas de la comprensión de que ningún juicio de vocación universal puede prescindir de su necesario arraigo en la vida cultural de una nación, que Ugarte puede haber aprendido –sugiere Horacio–, en el seno mismo de la tradición socialista, de las posiciones de Jean Jaurès en los congresos de la Segunda Internacional, ni tampoco solamente de un latinoamericanismo cuya inspiración –dice Horacio– puede haber encontrado Ugarte en los textos de Bolívar, de Monteagudo y de Martí, sino también de una suerte de vitalismo nietzscheano que hace de la “raza” el nombre del genio irreducible de un pueblo. Horacio no deja de advertir el “estremecimiento” que produce en nosotros la lectura de algunos de estos párrafos de Ugarte, pero insiste en que la idea ugartiana de raza no es biologicista, sino rubendariana: que cuando Ugarte dice “raza” dice algo bastante parecido a “lengua”, o a “cultura”, pero a cultura *nacional*, y que por lo tanto no estamos aquí ni ante la idea de “raza” que veíamos hace un momento en el Max Weber más político o más belicista que nos mostraba Esteban ni ante la idea de “raza” *cósmica* de Vasconcelos, de quien Ugarte se distancia porque la idea de raza de Vasconcelos es mito-poética, platónica, allí donde la de Ugarte es laica y democrática, y porque la idea de raza de Vasconcelos le impide reconocer lo que Ugarte hace cuestión, en cambio, de reconocer: la particularidad de las naciones y del problema de las relaciones entre ellas. Este es, en efecto, el punto en el que el socialista Ugarte (que distingue el nacionalismo de los países imperiales del de los países subordinados) anticipa y prepara –escribe Horacio– el camino de las posteriores “izquierdas nacionales”. En particular, de quien sería el gran heredero de su legado: Jorge Abelardo Ramos, cuya obra todavía habla (entre otras cosas gracias a su prolongación en la de su discípulo –ya mencionado antes en estas mismas páginas– Ernesto Laclau) al corazón de nuestro presente.

Una de las expresiones del nacionalismo de Ugarte es su neutralismo durante la Primera Guerra, que Horacio compara con el de Scalabrini Ortiz durante la Segunda. El parangón entre Ugarte y Scalabrini recorre todo el libro de Horacio y vuelve a hacerse presente a propósito de tres cuestiones. La primera es la comparación entre sus antimperialismos: primordialmente antibritánico el de Scalabrini, fundamentalmente antinorteamericano el de Ugarte. La segunda, su común condición de escritores solitarios, doloridos, hostigados. La tercera, la relación de ambos con Perón, que (como la de Jauretche y como la de Puiggrós) fue una relación llena de interés pero también llena de dificultades. A comienzos del siglo xx, en una de sus crónicas parisinas, Ugarte situaba, escribe Horacio, las dos grandes corrientes por

las que transitaba entonces el debate político francés: por un lado, la que representaba el integrismo de Charles Maurras; por el otro, la que expresaba el anarquismo de Pierre Quillard. Y entre esos dos extremos presentaba la posición “equilibrada” de Jaurès. El socialista Jaurès, de quien Ugarte celebraba la oposición al internacionalismo abstracto de Bebel, se ubica en el “justo medio” entre los énfasis católicos de Maurras y los “caminos rojos” de Quillard. Muchos años después, el “centrismo” del general Perón cobraría, escribe Horacio, la forma de aquel antiguo equilibrio que Ugarte había encontrado en París en el pensamiento de Jaurès. Si la posibilidad de pensar la idea de nación en el interior de una posición socialista, o mejor: de pensar el socialismo en una perspectiva nacional, es el gran legado de Jaurès sobre el pensamiento del joven Ugarte, las coincidencias políticas entre el Ugarte maduro y el presidente Perón abren un camino a la reflexión teórica sobre la política que todo, empezando por el estado actual del mundo y la región, nos invita a no dejar de recorrer.

4.

Los debates sobre “la idea de nación” que tuvieron lugar en la UNGS durante la jornada que está en el origen de este libro giraron en torno a los mejores modos de pensar este concepto precisamente en un momento en que el estado del mundo y de la región nos obliga a reflexionar sobre el futuro, el destino, la posibilidad misma de que siga teniendo algún sentido utilizar esa vieja categoría de la filosofía política y social. Las dos primeras contribuciones que esperan al lector tienen un carácter teórico: se proponen reponer ciertas discusiones o ciertas elucubraciones en torno a la idea de nación en ciertas zonas de la filosofía social alemana de comienzos del siglo pasado y en la obra, fundamental y de fuerte predicamento entre nosotros, de Antonio Gramsci. En el primero de esos dos trabajos, Esteban Vernik estudia el modo en el que Max Weber piensa la nación en diálogo con las categorías de clase y de raza, y lo hace poniendo el foco en la relación entre el sociólogo alemán y su colega estadounidense William Edward Burhardt Du Bois. En el segundo, Mónica Dias Martins repasa la evolución intelectual del autor de los célebres *Cuadernos de la Cárcel* para mostrar la perfecta complementariedad entre su vocación internacionalista y su preocupación por la posibilidad de construir una voluntad colectiva nacional-popular capaz de forjar una nación sobre bases populares. Al hacerlo, apunta de movida uno de los temas fundamentales de este libro: el de la relación entre la idea de nación y la de pueblo. Este tema

recorre, en efecto, todos o casi todos los trabajos que integran esta compilación, y encuentra un particularmente sutil despliegue conceptual en el último, que es una preciosa pieza de nuestro amigo y maestro brasileño Gabriel Cohn, destacado y sutil discípulo de Florestan Fernandes, autor de un conjunto de trabajos notables sobre las obras de Max Weber y Theodor W. Adorno, antiguo profesor y ex decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de San Pablo.

La visita de Gabriel Cohn a la UNGS, para participar con una notable conferencia magistral de cierre del encuentro que está en la base de este libro, se produjo en una circunstancia que la volvió incluso más valiosa: la recentísima re-edición, a través del sello editorial de la Universidad del Estado de San Pablo, de un ya muy viejo libro suyo, editado por primera vez en septiembre de 1968, y que era el resultado de la tesis de maestría que Cohn había preparado dos o tres años antes en el marco del programa de estudios sobre la acción del Estado en el desarrollo brasileño dirigido por Octavio Ianni. Se trataba de *Petróleo e nacionalismo*, un título que por supuesto es imposible, para nosotros, no poner en relación con el clásico *Petróleo y política* de Arturo Frondizi, y que señala un asunto fundamental –el de la producción hidrocarburífera– en la discusión de la cuestión de la nación en nuestro país y en toda América Latina. Entre los artículos que siguen en este libro, dos se hacen eco, de distintos modos, de la circunstancia de esta reedición del libro de Gabriel y de la importancia del tema del petróleo en la discusión sobre el problema de la nación en toda América Latina: el de Horacio González, que traza una historia de la centralidad del asunto del petróleo en la vida y los debates públicos en la Argentina de la segunda mitad del siglo xx, y el de Jorgelina Loza, que en relación con la experiencia política mexicana nos invita a pensar el problema de la producción de petróleo como parte de las condiciones materiales en las que cobra sentido plantearse la cuestión de la nación.

El notable trabajo de Ricardo Aronskind sistematiza un conjunto de preocupaciones que le hemos venido escuchando y leyendo a lo largo de estos años, y que en las actuales circunstancias latinoamericanas revisten un particular dramatismo: ¿qué queda de la idea de nación (o, de una manera más programática y menos catastrófica: qué tipo de nación es posible imaginar) en un contexto doblemente signado por las fuerzas de las tendencias globalizadoras de la economía y por la existencia, en el seno de nuestros países, de un empresariado local subordinado a los centros del poder económico mundial, despreocupado por el destino de la población y por el bien de la república? La pregunta por la nación, en el modo en que la formula Ricardo, es una y la misma con la

pregunta por la soberanía popular y por la democracia: ¿qué queda de la vida democrática —leemos en su trabajo— cuando medidas fundamentales para el bienestar colectivo se sustraen del campo de los debates públicos y de la capacidad decisoria de los ciudadanos? Por su parte, Cristian Gaude aporta a este volumen un ejercicio de carácter histórico y de particular interés: el análisis de los modos en los que se representa la nación, la idea —digamos— de *lo nacional*, en los debates parlamentarios ocurridos en el país en ocasión de la sanción primero (en 1902), de la fallida tentativa de derogación después (en 1946) y de un nuevo y esta vez exitoso intento de derogación por último (en 1958), de la llamada “Ley de Residencia” de ciudadanos extranjeros, cuyos modos de interpretación, de uso y de abuso a lo largo de las décadas en las que estuvo vigente permiten advertir en un caso concreto algunas de las dimensiones de la dinámica entre “cuestión nacional” y “cuestión social”, entre la idea de la “nación” y la de la “clase” que otros textos de esta misma compilación plantean en el terreno de la discusión teórica más general.

5.

Vuelvo ahora sobre Gabriel Cohn, cuya importante contribución —que “pasa en limpio” la magnífica conferencia que ofreció durante su visita, en el marco de la Jornada organizada por nuestra pequeña red, en el Auditorio “José Pablo Martín” de la Universidad— combina una preciosa historia de los debates sociológicos brasileños en torno a las cuestiones de la nación y del desarrollo con una formulación muy actual, urgente y preocupada de la pregunta que recorre todo el libro: la pregunta por cómo pensar la nación, por qué significa, *hoy*, en este mundo y en esta región específica del mundo que es América Latina, la palabra, la idea, el concepto de “nación”. Y que a lo largo de todo el libro, y en este artículo final de Gabriel Cohn de modo especialmente subrayado, asume una entonación decididamente democrática y popular. Porque la nación, escribe aquí Gabriel, no es una entidad, no es una cosa. Ni una cosa dada como una sustancia —la palabra maldita de todos los constructivismos e invencionismos a los que nos referíamos más arriba— ni tampoco una cosa construida por la vía de ninguna afirmación de la voluntad colectiva ni de ningún olvido de las diferencias ni de ninguna respuesta afirmativa al bendito “plebiscito cotidiano” que nos invitaba a pensar Renan. No: la nación no es un ente dado ni tampoco un ente construido. *Es una forma de organización* —dice Gabriel—: una forma históricamente definida de organización de algo fundamental, que es el pueblo. Es la forma que el pueblo asume en sus relaciones con los otros pueblos y en

el ejercicio de sus derechos y de sus deberes. La nación en la que piensa Cohn, como se ve, es una nación soberana, popular, democrática y republicana. Y autónoma, pero no clausurada ni cerrada sobre sus propios límites, sino abierta a una reciprocidad animada por la responsabilidad que tenemos de hacernos herederos de los viejos proyectos de una integración regional latinoamericana que todavía espera su realización.